



## Palabras para Juan Antonio

Yo no conozco a Juan Antonio desde siempre. No he compartido ni su infancia, ni su adolescencia, ni sus años más locos, aunque me consta que su locura siempre estuvo refrenada por una techumbre sin demasiadas goteras.

Lo mío con él data de 2004, cuando las circunstancias personales y emocionales eran otras en ambos, cuando perseguíamos parecidos ideales con siluetas femeninas, cuando la noche tenía el color de la cerveza y el tintineo de los gintonics nos ponía oblicuos los pies.

Aunque sabía de su existencia y algún avistamiento esporádico habíamos tenido, no recuerdo ni cómo ni cuándo profundizamos más allá del primer apretón de manos protocolario. Supe desde el principio que su compañía no sería ni pasajera ni superficial, que aquel tipo rubio de piernas perseverantes tenía la nobleza de cien condes y que merecía ser abonado con el guano esencial de la amistad. Y a fuerza de frecuentarnos, fuimos actualizándonos, poniéndonos al día de los treinta o cuarenta años anteriores, respectivamente.

En parte gracias a él y a otros que no cito porque hoy no es su día, me fui infiltrando en su círculo social, aquí presente al completo, con el que he compartido pasos, canciones, carreras, vino, enfermedades, verbenas, viajes, ideologías...

Después, de la mano del tiempo, casi sin buscarla, cuando la necesitaba, desde la nube de la coincidencia, le llovió Rebeca para apuntalar su estabilidad y hacerse sazón en su día a día.

Juan Antonio es uno de esos raros especímenes que aunque esté al borde de la lágrima siempre te prestará su pañuelo para enjugar las tuyas primero. Uno de esos mismos especímenes para los que primero eres tú y luego tú también, uno de esos que no está pendiente de que tú acabes de hablar para replicarte con la relación de batallas de Alejandro Magno.

Tengo que agradecerle mucho a este tipo rubio que vestido así parece hasta guapo. Guapo exteriormente porque sus adentros, de tan guapos, los ha colonizado un exceso de dulzura que apenas se le transparenta si él no enciende la luz.

Tengo que agradecerte además, querido amigo, enfermero de mis hipocondrías, y lo hago desde el centro de datos de mi sangre, el que siempre tengas la despensa abierta, y el consultorio, y ese abrazo pronto y espontáneo del que surge de ordinario una paloma intensa que siempre vuelve con una rama de olivo entre su pico.